# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11944

**PRECIOS DE SUSCRIPCION**

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 4 DE SEPTIEMBRE DE 1901

**CONDICIONES**

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.


## Mal camino

Como si no fuera bastante el mal estar que va determinando en la clase obrera la desesperanza de que llegue á realizarse el concierto minero, viene ahora la cuestión de los vales á agravar el conflicto.

Por la resistencia del señor Urzaiz á reconocer que la minería murciana adolece de algo muy especial que la hace más sensible que la demás de España á los procedimientos administrativos, se encuentran amenazados de paro forzoso los obreros de las minas pobres, que son la mayoría del distrito minero. Por virtud de la codicia de ciertos propietarios, que al explotar sus minas explotan también á los trabajadores, hay muchísimos de éstos por cuyas manos no pasa una peseta. El jornal devengado lo cobran en papel especial, cobrable solo en determinada tienda, en la cual puede reducirse á arroz y habichuelas pero nunca á metálico.

No hemos de volver nuevamente á enumerar ejemplos de ese abuso que hace de los trabajadores del siglo XX verdaderos esclavos. Se ha hablado tanto de esto, que no hay quien desconozca hasta qué punto llevan algunos propietarios de minas la explotación de los obreros.

Ese abuso motivó un principio de tragedia hace tres años. El distrito minero se sublevó un día contra los propietarios y gracias al tacto de las autoridades no pasó la tragedia del prólogo; un prólogo sensible alumbrado por la tea del incendio y regado con sangre: un prólogo de zozobra y espanto que debió dejar para siempre en los cerebros de los que á él dieron lugar, el recuerdo imborrable de aquellos días tremendos en que en poco estuvo que no libraran descomunal combate soldados y mineros.

Mas el recuerdo se borró por desgracia; la codicia mordió nuevamente en el corazón de ciertos propietarios y el disgusto de verse abandonados llenó de pesimismos la mente de los trabajadores. Poco á poco ha ido desapareciendo el dinero de sus manos; el puñado de pesetas ganado en el mes, se ha convertido en los odiosos vales que no valen dinero, pero que se pueden cambiar en la tienda por especies y vender luego éstas por lo que quieran dar, única manera de que el pobre obrero que expone su vida diariamente durante muchas horas, pueda conocer al rey por la moneda.

El momento no puede ser más oportuno; cuando los trabajadores se asocian y proclaman la solidaridad para ayudarse y vencer al capital en un esfuerzo único y terrible, se les arroja á la cara el imprudente reto que significa el vale.

El estado de la sierra no es bueno. Las guías, juntamente con la escasa demanda de minerales de hierro y manganeso, amenaza dejar paralizada la mayor parte de la industria minera. Los vales vienen á agravar el conflicto y lo agravarán si las autoridades no exhuman el convenio que se hizo en su presencia por patronos y obreros para poner término al gran disgusto que estuvo á punto de provocar una catástrofe en Mayo de 1898.

Damos la voz de alarma para que llegue á donde debe ir. Escúchenla los que deben escucharla y eviten que á iguales causas se produzcan idénticos efectos.

## TIJERETAZOS

Leemos:

«*Morenito de Algeciras* y *Chicuelo* matando seis toros de Benjamea, han llenado la plaza.»

Buen tamaño tendrán esos toreros y esos bichos.

Si ahora que se les conoce por el diminutivo pasa eso, el día que se llamen Moreno y Chico se desbordan.

Y no digamos nada cuando el Chico se convierta en hombre.

Habrá que construirle una plaza para que pueda trabajar con desahogo.

—

Los periódicos de Cataluña ponen la siguiente frase en boca del señor Villanueva:

«Poco después de su llegada, el alcalde de Villafranca ha saludado al ministro de Agricultura en nombre de la población, diciendo que ésta se ponía á sus órdenes.

—Al contrario, —dijo el ministro.—Yo vengo á ponerme á las órdenes de los de Villafranca».

No hay que sacarle punta, caballeros.

El señor Villanueva es correctísimo y nadie le gana á cortés.

Como caballero se puso á las órdenes de la población que lo acogía como huésped.

Pero ya verán ustedes como no se pone á la disposición de nadie como ministro del gabinete del señor Sagasta.

Se pondría á la altura de Durán y Bas.

—

La comisión barcelonesa abolicionista de las corridas de toros va que vuela.

Ya ha escrito en los anales de su historia el primer triunfo.

Convencer á los concejales del ayuntamiento barcelonés de que no deben presidir las corridas de toros.

Lo que interesa es que no vayan á ver el espectáculo.

¿Porque de qué servirá que no vayan como presidentes y ocupen sus localidades como espectadores.

La comisión barcelonesa abolicionista de las corridas de toros se ha echado á cuestas una obra demasiado grande.

Y todo ¿para qué?

Para tener que retirarse á la vida privada el día que se entere de que el público no le agradece esos afanes.

Ni los ganaderos.

Ni los diestros y siniestros que van á suicidarse á las plazas de toros.

Ni siquiera los bichos.

Y si no que se pongan al habla con los toros para explicarles que los toman bajo su protección y verán como tienen que salir por pies.

## Un artículo de «El Universo»

No necesitamos comentar el hermoso artículo de «El Universo,» que transcribimos con el mayor gusto:

### LA MARINA DE GUERRA

**y las injusticias de la opinión**

En San Sebastián acaba de ocurrir un incidente desagradable, muy desagradable. No lo conocemos más que por noticias incompletas, por fragmentos, puede decirse, de telegramas, salvados de la previa censura ejercida por el Gobierno. Ignoramos, pues, las causas próximas del incidente; pero la causa remota sí que la conocemos, y es, á nuestro juicio, harto más digna de lamentarse por todos los buenos patriotas por todos los amantes de la justicia, que cuantos efectos haya producido y ya pueda producirse en lo sucesivo.

Esa causa remota es una opinión injusta, injustísima, que se ha formado en España sobre los marinos, con ocasión de la última guerra contra los Estados Unidos. Fué esta guerra un horrible desastre para nuestra patria; que una de las causas, la principal indudablemente del desastre, fué la desproporción de fuerzas marítimas entre los Estados Unidos y España, y que tal desproporción fué desconocida para la mayor parte de los españoles hasta que la catástrofe la puso de manifiesto, con lo que resultó que á la herida sufrida en el amor propio nacional se unió el escozor del desengaño; tales son los hechos indudables, los datos del problema que á los españoles se ofreció en el juicio doloroso de la última guerra.

Pero de estos hechos, muchos españoles, unos de mala fé y extraviados por pasiones pésimas, otros por ignorancia más ó menos excusable, han deducido una consecuencia ilógica, absurda, y lo que es peor, injusta é irritante: la de que los marinos se portaron mal en la guerra, que no cumplieron con su deber, que no estuvieron á la altura en que los suponía la opinión, que no fueron dignos de las gloriosas tradiciones de Roger de Flor y Ramón Bonitaz, de D. Alfonso Enríquez y del marqués de Santa Cruz, de Lepanto y las Terceras, de Trafalgar y del Callao. Estas especies pérfidas han circulado siniestramente de un extremo á otro del territorio, ha penetrado en cerebros incapaces de pensar por cuenta propia, y de vez en cuando como explosiones de inmunda lava subterránea, se levantan aquí y allá, ya en las columnas de algún periódico, ya en discursos y conferencias, ya en conversaciones de tertulia ó corrillo. Se dicen de los marinos cosas refinadamente crueles; se les señala; no sólo como testimonio de nuestro desbarajuste administrativo, sinó hasta como ejemplos vivos de la degeneración de la raza; se les acusa de ineptos, tanto para el buen empleo del presupuesto de Marina como para el gobierno de las naves, y, por contera, se llega á poner en duda hasta su valor militar ante el enemigo.

¡Todo, todo esto una inmensa y monstruosa mentira! Que en la suprema dirección de la Marina se hayan cometido errores grandes, y que en su administración se hayan advertido notables deficiencias..... Esto será verdad, como lo es y ha sido en la dirección y administración de todas las marinas de mundo, incluso las de Inglaterra y los Estados Unidos; pero en el último término, de esto no será nunca responsable el Cuerpo de Marina, sinó los supremos directores de la administración española. ¡Sería cosa notable, ciertamente, que hubiera sido, así que fuese ahora así modelo de administración la Marina de un país en el que todos los ramos, las obras públicas como la justicia, la enseñanza, como el correo, la recaudación del impuesto, como la policía interior, están administrados á la manera que lo están en España! La Marina de guerra, como todos los órdenes de nuestra vida pública, recibe el impulso que le da el centro de toda esa vida, y con ella, como en todo, se ha de reflejar necesariamente, forzosamente, inevitablemente, el mal que hay en el fondo.

A lo cual se han agregado otras cosas, en las que tampoco tiene culpa la Marina, pues se realizaron precisamente á despecho de los marinos; v. gr., antes de la infausta guerra se votó una cantidad, relativamente respetable, para construir una modesta escuadra que, aunque se hubiera construido dedicando á ese objeto toda la suma, hubiera resultado tan insuficiente para luchar con la de los Estados Unidos, como la que pereció en Santiago de Cuba y Manila. Pero ni aun eso se hizo; con el dinero votado había para comprar algunos barcos más que los que se compraron, es cierto, pero al ir á comprarlos, se ocurrió, no á los marinos, sinó á los paisanos; á los que mueven y dirigen la llamada opinión pública que con aquel dinero se debía no tan-

---

47 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

De esta contradicción, que no es más que aparente sacó gran partido. Los partidarios de la perfectibilidad, como es natural, censuran el presente, ó por lo menos irascibles y aceptan de mejor grado las cosas existentes tratándose de acomodarse á ellas. Fontanes, explotando esta contradicción picante, dice que siempre que el sueño de la perfectibilidad se apodera de los espíritus, los imperios están amenazados de grandes catástrofes. «El docto Varrón contó en su tiempo más de 488 opiniones sobre el soberano bien... de la época de Mario y de Sila. Es un placer como otro que se da el espíritu humano» Según Fontanes, que cita á este propósito una frase de Condorcet, es á Voltaire á quien se debe esta «consoladora» idea de la perfectibilidad. La critica parte de ella para aminorar espiritualmente la cuestión y para reducirla poco á poco á las dimensiones de este verso de «El Mundano»:

Y Oh! lo bon temps, que ce siècle de fer!

TRES MUJERES 46

cés» á romper por fin un destierro voluntario, á volver á Francia, que era ya digna de él; se le citó el ejemplo de Voltaire que, refugiado durante algún tiempo en Londres, no pudo prolongar una ausencia que hubiera sido punible. La aparición del «Genio del cristianismo» dió un esplendor incomparable á esta restauración, ya brillante por sí, rodeándola de una aureola de gloria.

Mad. de Stael, que salía de la Revolución, que se inspiraba en la filosofía, que censuró el reinado de Luis XIV y que soñaba con un ideal de restablecimiento republicano, debía ser considerada por todos los hombres de este campo como enemiga, como adversaria. En primera línea figuró Fontanes con su crítica meticulosa y poco benévola. Elogia la obra de Mad. de Stael cuando la consagra á la gloria de Rousseau: «Después de esta fecha; los ensayos de Mad. de Stael parecen que no han alcanzado el mismo aplauso.» Censura luego el sistema de perfectibilidad; presenta á Mad. de Stael exaltada por la perfección sucesiva y continua del espíritu humano, conmovida ante la corrupción de los tiempos, en situación semejante á la de aquellos filósofos de que habla Voltaire:

«Que gritaban «Todo es bueno» con voz plañidera»,

43 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

los con muchos de los hechos mejor comprobados de la historia de los conocimientos humanos.» El crítico censuraba al libro por falta de plan y de método. «Otro género de faltas—añade—es la sutilidad exagerada de ciertas combinaciones de ideas. Se aplica algunas veces á hechos generales bien comprobados, causas demasiado ingeniosamente buscadas para ser absolutamente verdaderas, demasiado particulares para responder á los resultados conocidos.» Pero elogia francamente la fuerza y la originalidad. «Estas dos cualidades—dice—agradan tanto más, cuando se sabe que son el producto de una sensibilidad delicada y profunda, que gusta de buscar lo más elevado, lo más semejante á los grandes sentimientos del espíritu».

«La llave del gabinete de los soberanos» periódico publicado por Panckouke, ocupándose de la obra de Mad. de Stael, insertó las «Observaciones» debidas al médico literato Roussel, autor del libro «De la mujer»; pero lo más notable fué un inicio de Dupnon muy ingenioso y conocido, en el cual las observaciones son más bien insinuadas que expresadas, según la discreta costumbre de este sabio escritor, cuya autoridad da caracteres de perfectibilidad á todo lo que escribe. El «Diario de los Debates» acogió en sus columnas, aunque tachando algo, un artículo apologético de M. Hochet; pero tres días después, como si